

## **Entre Barras y Estrellas. El inagotable debate de la guerra.**

Andrés González Martín.

Comandante profesor del Departamento de Estrategia y Relaciones Internacionales.

«El que corrige a un insolente se atrae la ignominia, y el que reprende a un malvado, el deshonor. No reprendas a un insolente, no sea que te odie; reprende a un sabio, y te amará. Da al sabio y se hará más sabio aún, instruye al justo y ganará en saber. El comienzo de la sabiduría es el temor del Señor, y la ciencia del Santo es la inteligencia».

Libro de los Proverbios 9, 7-10.

### **SI LO ROMPES TE LO QUEDAS**

A primeros del año 2006 en Iraq había desplegados 136.000 soldados norteamericanos, lo que significa que 30 meses después del fin de las operaciones principales todavía no ha empezado a reducirse el volumen de fuerza militar. Por otra parte, según la oficina de presupuesto del Congreso la presencia militar supone un gasto anual de entre 48.000 y 60.000 millones de dólares, un poco menos de 10 veces el presupuesto militar español. Además, el dolor sigue aumentando y los atentados continúan siendo parte de la vida cotidiana del país. Evidentemente, los medios de comunicación informan de los hechos y alimentan un debate público en Estados Unidos cada vez más intenso.

La controversia, en torno al diseño del posconflicto y la doctrina en la que se apoya, está instalada en los periódicos.

Otro aspecto también discutido, sin duda interesante, es el protocolo entre la cúpula civil del Pentágono y la militar. Los generales no necesitan levantar la voz para hacerse oír en este intercambio de opiniones; siempre hay alguien a su lado dispuesto a escucharlos para sacar sus propias conclusiones.

La primavera de 2006 ha sido complicada para Donald Rumsfeld. Una avalancha de críticas de generales norteamericanos retirados se han hecho públicas y todos se concentran en un cerrado ataque que converge sobre las decisiones y la forma de tomarlas del más viejo de los secretarios de Defensa en la historia de los Estados Unidos. La intensidad de la tormenta ha sido suficiente para justificar una rueda de prensa del Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el General Peter Pace, defendiendo no solo la dedicación y el patriotismo de su secretario de Defensa sino también el planteamiento del plan de ataque de 2003.

Las relaciones entre los líderes civiles del Pentágono y los generales, desde luego, nunca son sencillas, pero cuando llegan los malos tiempos y hoy vivimos malos tiempos las inevitables tensiones desbordan el profundo cauce habitual de relación. Surge entonces la ineludible necesidad de afrontar las dificultades. Una manera prudente de empezar, antes de proponer soluciones concretas, es seguramente recomponiendo las relaciones y la forma de abordar los problemas.

La clase política norteamericana no puede ahora plantearse la inconveniencia de la decisión de invadir Iraq. Es demasiado tarde y demasiado inútil. En su día, unos y otros formaron una mayoría abrumadora que desde el Congreso dio aliento político a una operación que no planteaba dudas. Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Algunos creen que ha llegado la hora de pasar factura a los encargados de convertir una decisión democrática en una victoria. Por lo tanto, al otro lado del Atlántico, la discusión no gira en torno a la decisión de ir a la guerra sino en torno a la forma de plantearla.

Han pasado más de tres años desde el comienzo de la invasión. El frente de Iraq sigue activo y se presenta como el teatro de operaciones principal en la guerra contra el terror. La situación ha despertado la memoria y ahora se empieza a descubrir que Iraq está lleno de lecciones olvidadas, que identificadas y aprendidas en su día fueron más adelante despreciadas por considerarlas ridículamente obsoletas. Parece que ha llegado la primavera de los viejos profesores que aprendieron bien, con su propia experiencia, algunas simples ideas, y que por repetirlas en su día fueron criticados, ridiculizados y expulsados a la intemperie. Unos cuantos generales retirados han decidido ponerse la escarapela de profesorado en el pecho para enseñar, a los que presumían de tener la clave para abrir la puerta del futuro, que la vieja escuela es una gran escuela.

En cualquier caso y por encima de todo, unos y otros, los viejos soldados y los jóvenes guerreros coinciden en su absoluta confianza en la capacidad de las fuerzas norteamericanas para superar la prueba y alcanzar el éxito, «podemos hacerlo». La guerra y el largo pulso en Iraq han acelerado el ritmo y la intensidad de la transformación de los ejércitos de los Estados Unidos, y probablemente también, la están reorientando. El resultado final puede ser un instrumento militar todavía mucho más efectivo y mejor adaptado. Pero mientras tanto las tensiones llegan a la superficie.

Antes de la invasión, el general Eric Shinseki, Jefe de Estado Mayor del Ejército, alertó tanto al Secretario de Defensa como al General Franks de los riesgos del plan, llegando incluso a exponer sus inquietudes al propio Presidente. El reducido número de tropas que exigía Rumsfeld era el problema.

Las claves de la nueva doctrina del Secretario de Defensa eran la rapidez y la tecnología. Ya no era necesaria una apabullante fuerza decisiva, era suficiente una ligera fuerza transformada, capaz de imponer el nuevo modelo de conmoción y pavor. Antes del ataque, Rumsfeld apretó el acelerador de los cambios y arrastró a sus mandos militares hacia un enfoque nuevo y mucho más arriesgado. La transformación exigía cambiar de mentalidad y el general Franks fue el encargado de hacer el experimento.

El General Powell también estaba muy preocupado con las restricciones impuestas por Rumsfeld en la revisión del OPLAN 1003, tanto como para dirigirse al propio General Franks en estos términos: «no permitas que te dejen en una posición demasiado vulnerable solo por probar una teoría nueva». Desde el Departamento de Estado, Collin Powell y el Subsecretario Richard Armitage —un antiguo oficial de la armada, que por cierto habla vietnamita con fluidez— pusieron en circulación la teoría del almacén de porcelana, «si lo rompes te lo quedas», anticipando lo que estaba por venir.

La pausa operacional delante del desfiladero de Karbala, durante las operaciones principales dentro de Iraq en medio de la famosa «tormenta de arena», puso en marcha una larga serie de críticas y despertó inquietud entre muchos generales, abriendo un intenso debate en los medios de comunicación. La tensión surgió incluso entre los mandos encargados de dirigir la Fuerza. Hoy conocemos no solo las dudas sino también lo cerca que estuvo el cese del

General William Waliance al mando del V Cuerpo de ejército. Pocos meses después, en el verano de 2003 el General Wesley Clarke escribía un libro titulado, ¿Qué ha fallado en Iraq? En abril de 2006, las críticas las impulsaron a coro nada más y nada menos que seis generales retirados. Desde luego, los protagonistas del durísimo ataque a la gestión de su Ministro de Defensa son personalidades de primer nivel.

### **HABLAN LOS RETIRADOS**

El General de cuatro estrellas de Infantería de Marina retirado Anthony Zinni, jefe del mando central desde 1997 hasta el año 2000, ha criticado el estilo y las decisiones del secretario de Defensa".\*

El Teniente General de Infantería de Marina retirado Gregory Newbold, director jefe de operaciones de la Junta de Jefes de Estado Mayor hasta el mes de octubre de 2002, decidió, como el propio general Shinseki, desafiar la posición respecto a la guerra del jefe Rumsfeld. Tanto uno como otro, al oponerse a la línea marcada, decidieron quedar al margen y pronto fueron sustituidos. Recientemente, el General Newbold ha escrito un artículo durísimo en la revista Time titulado «Por qué Iraq fue un error»<sup>5</sup>.

El Teniente General de los marines invita a un mayor compromiso de los militares en activo con el cambio de rumbo en Iraq. Se atreve a ofrecer una oportunidad a aquellos que todavía visten el uniforme a diario: «La responsabilidad de un jefe es dar voz a los que no pueden o no tienen la oportunidad de hablar. Los soldados de las fuerzas armadas juran lealtad a sus superiores pero un oficial no jura lealtad a una persona sino a la Constitución. La diferencia es importante». Y sigue «Necesitamos ideas nuevas y nuevas caras. Es decir, como primera medida, reemplazar a Rumsfeld y a otros que no desean cambiar fundamentalmente sus posiciones».

El General Paul Eaton, responsable de la reconstrucción del ejército iraquí desde junio de 2003 hasta junio de 2004, arremete contra Rumsfeld al que califica de «estratégica, operacional y tácticamente incompetente». Al General solo le ha faltado valorar la capacidad logística del Jefe del Departamento, aunque su lógica nos permite descubrir el sentido de su juicio. Un «incompetente» que, sin embargo, ha sido capaz de dominar el Pentágono y

sojuzgar la voluntad de sus generales.

El General Eaton no tiene dudas. Rumsfeld ha aplicado con acierto la doctrina de impacto y sobrecogimiento, consiguiendo dominar a sus compañeros de estrellas de cinco puntas. Según opina el general, todo esto comenzó a fraguarse con la sustitución, un año antes de su retiro, del Jefe de Estado Mayor de Ejército, general Shinseki, desautorizando así a todos los críticos y descubriéndoles su futuro. Casi nadie se había quejado desde entonces del estilo de mando del Secretario aunque muchos lo calificaban en privado de intimidatorio y personalista. «Rumsfeld ha puesto el Pentágono a merced de su ego» pero, en cualquier caso, seguía siendo el Jefe. El General John Batiste, que mandó la primera División de Infantería desplegada en Iraq en 2004 y 2005, decidió renunciar a su ascenso para prestar un nuevo servicio al army desde la situación de retirado. Es curioso; el General Batiste, que estuvo destinado como ayudante militar del Subsecretario Paul Wolfowitz y superó con éxito el contacto con uno de los más activos neoconservadores de la administración, no está dispuesto a seguir ahora más lejos. La razón podemos descubrirla en sus propias palabras: «el control civil de las fuerzas armadas es absolutamente primordial, pero para que funcione, tiene que haber una vía con doble dirección de respeto y diálogo que ahora no existe».

Desde el retiro, en los Estados Unidos, el ciudadano y General John Batiste puede participar en el debate público solicitando abiertamente el cese del Secretario de Defensa y dando sus razones. «Necesitamos un líder que entienda el trabajo en equipo, un líder que sepa construir equipos y que lo haga sin intimidación». De esta manera, el general ha querido mantener la iniciativa y aprovechar el momento. Un soldado en activo cuando es ignorado por su mando político, prácticamente solo puede incorporarse al proceso de construcción democrática de las decisiones si es convocado por una comisión parlamentaria para exponer su criterio. Los generales que anticipan su retiro puede que no confíen en esta posibilidad y por eso decidan incorporarse al escenario por su cuenta como ciudadanos de un país libre y como ciudadanos con experiencia de guerra en tiempos de guerra.

El General retirado John Riggs, que fue Jefe del Objective Force Task Force, se incorpora a las intervenciones en público consolidando la misma línea de acción. «Rumsfeld ha creado una atmósfera de arrogancia entre los líderes civiles del Pentágono que solo escuchan los consejos de los militares cuando estos satisfacen su agenda. Eso es un error y por eso debe dimitir».

Por último, el General retirado Charles Swannack, que estuvo al mando de la 82 División aerotransportada en Iraq, también solicita el relevo del mando político responsable del Pentágono. «Realmente creo que necesitamos un nuevo secretario de Defensa».

Todos estos casos, confirman que efectivamente los generales han decidido participar en el controvertido debate democrático desde su retiro. Esta iniciativa no es del agrado de todo el mundo, no solo por el contenido del mensaje sino también por el hecho de incorporar la visión de algunos militares, aunque sea desde el retiro, a la construcción de la opinión. El choque de ideas y la polémica abierta en algunos casos parece ser más un peligro que una oportunidad, aunque seguramente esta premisa no puede sostenerse abierta como una eterna línea de crédito. En el fondo subyace la cuestión de los límites legítimos de las maniobras políticas durante la guerra, esta discusión es en su mayor parte subjetiva pero también en parte ética y también en parte, simplemente práctica.

### **HACIENDO UN POCO DE HISTORIA**

Haciendo un poco de historia podemos recordar el «Gran Debate» que provocó el cese del General MacArthur durante la guerra de Corea. La firme y pública posición del general opuesta a la línea estratégica del Presidente Truman generó un gravísimo problema de mando que tuvo también sus consecuencias políticas. El partido republicano, entonces en la oposición, reaccionó con indignación a la decisión presidencial de sustituir a MacArthur por el General Ridgway. El choque partidista, en medio de la pasión de la guerra que continuaba excitando al pueblo y líderes norteamericanos, puso en marcha algunas de las más largas y tensas audiencias de los comités del Congreso. Bernard Brodie en su obra Guerra y Política, recoge algunas de las preguntas del senador republicano Styles Bridges al general Bradley presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor. Volverlas a leer puede resultar instructivo para los oficiales en activo:

Senador Bridges. Si alguna vez llega en este país el momento en que usted considera que la decisión política está afectando lo que en su opinión es básicamente correcto desde el punto de vista militar ¿qué haría usted?

General Bradley. Bueno, si tras varios casos en que el mejor consejo militar que pudiéramos dar es rechazado por otras razones, yo pensaría que mi consejo ya no tendría ninguna utilidad y renunciaría. Pienso que así debería actuarse. Que obtengan otro asesor militar cuyo consejo sería aparentemente mejor o por lo menos más aceptable.

Senador Bridges. ¿Habría usted claro, se lo diría al público norteamericano?

General Bradley. NO señor.

Senador Bridges. ¿No cree usted que es su deber, su lealtad hacia el país obrar de esta manera?

General Bradley. NO, señor, no lo creo así. He sido educado en forma un poco diferente. Soy leal a mi país, pero también soy leal a la Constitución, y ustedes tienen ciertos funcionarios elegidos bajo la Constitución, y yo no afirmaré que mi juicio es mejor que el del presidente de los Estados Unidos o del Gobierno.

Después de Corea vino Vietnam y hoy el General de cuatro estrellas retirado Robert Scales, antiguo director del Colegio de Guerra del Ejército, en un artículo en The Washington Times titulado «Amarrando la crítica»<sup>6</sup>, relaciona la «rebelión» de los generales con la publicación de Cobra II, un libro escrito por el General del Cuerpo de Infantería de Marina Bernard E. Trainer y el periodista del New York Time Michael R. Gordon. El General Scales destaca lo peligroso que puede ser anticipar juicios sobre las decisiones tomadas en la guerra contra el terror, no tanto por el acierto o el fallo de los planteamientos, sino sobre todo por los efectos en el desarrollo de la propia guerra y termina recomendado posponer los juicios sobre la eficacia de los líderes, confiando en que, llegado el momento, la sabiduría de los votantes y de los historiadores terminarán, después de la vuelta de las tropas a casa, poniendo a cada uno en su sitio.

La propuesta del General Scales no es nueva. Cuando la guerra llega, es lógico clamar por la unidad y son muchos los que exigen que la política debe detenerse en el campo de batalla. Fijar los límites de la acción política en tiempo de guerra no es una cuestión sencilla. ¿Tiene sentido prohibir o auto limitar el debate público y la crítica en los momentos decisivos?, ¿el ejército de voluntarios cambia y altera el juego de relaciones cívico militares y obliga a un papel más activo y visible de sus generales?, ¿podemos escapar de nuestra responsabilidad delante de las cuestiones más importantes?, ¿cuándo comienza y termina esta situación extraordinaria?

Estas preguntas, desde luego, resuenan en la memoria de los que apuraron el amargo trago de Vietnam y ahora vuelven de nuevo a saborear el desagradable regusto de aquella experiencia de juventud. Los antiguos tenientes y capitanes han leído y aprendido mucho, por eso en este momento lucen las divisas de general. Es muy probable que HR McMaster con su libro Abandono del deber haya ayudado a descubrir a algunos jefes americanos cuáles pueden ser sus obligaciones militares. Repensar el fracaso pasado puede despertar la conciencia y obligar a buscar caminos a los generales para ejercer su responsabilidad militar y constitucional de oponerse vigorosamente a estrategias desquiciadas.

Está claro que la disensión no es deslealtad, pero no lo está tanto, si debe hacerse pública. Desde luego, cada día es más difícil ser general aunque es evidente que su silencio no puede ser eterno porque la historia se toma siempre la revancha.

Los ataques contra el Secretario de Defensa no son nuevos, se han venido repitiendo desde hace años. Comenzaron antes de la invasión, siguieron durante su ejecución y se intensifican con el paso del tiempo. Cada día son más los que deciden sumarse abiertamente y con cada vez menos restricciones al coro de los críticos. Pero el Presidente sigue manteniendo su confianza en un hombre que lleva recibiendo fuego muy preciso desde hace demasiado tiempo.

¿Es posible sustituir al Secretario de Defensa en medio de una guerra? Un cese en la cúpula sería interpretado por algunos como una victoria del enemigo; además, siempre es necesario tener un buen candidato en la recámara. Pero seguramente lo definitivo para el que debe tomar la decisión es analizar el efecto que el relevo en el Departamento puede tener en el resultado de las operaciones. La cuestión del cese debería estar más relacionada con los posibles cambios en el curso de la guerra que con cualquier otro aspecto.

Mientras tanto, Irán plantea abiertamente un desafío para la paz mundial. Por otro lado, Iraq sigue empantanando al ejército americano delante de una guerra civil que amenaza con estallar en cualquier momento. Además, Afganistán no es un país asegurado y en Tierra Santa las elecciones no son suficientes para detener la violencia. En medio de toda esta tribulación es bueno escuchar la sabiduría del consejo de Salomón, hijo de David y rey de Israel, que comienza diciendo en el libro de los proverbios: «Initium Sapientiae Timor Domini».

## NOTAS

- 1 Department of Defense USA.
- 2 El 10 de octubre de 2002 el Congreso norteamericano aprobó una resolución en la que autorizaba al Presidente a emplear las Fuerzas Armadas en Iraq. El texto se aprobó por una cómoda mayoría de 296 congresistas, 81 de ellos del partido demócrata, contra 133. Al día siguiente, en el Senado los resultados seguían siendo favorables al Presidente, 77 senadores, 29 de ellos demócratas, frente a 23 opositores.
- 3 WOODWARD, Bod. Plan de Ataque. Cómo se decidió invadir Irak. Barcelona: Editorial Planeta, 2004. Pág. 100.
- 4 Señalando que en su opinión tiene «un estilo prepotente y una falta de disposición a escuchar el consejo de los mandos militares», continua diciendo que «el mayor error de Rumsfeld fue que desechó 10 años de planificación para ocupar Iraq, y allá fuimos sin un plan».
- 5 Why Iraq was a mistake.
- 6 Binding criticism.
- 7 Dereliction of Duty.
- 8 El comienzo de la Sabiduría es el Temor del Señor.